GONZALO CANTÓ y RAFAEL DE SANTA ANA

La serenata del pueblo

ZARZUELA DRAMÁTICA

en un acto y tres cuadros, original

MÚSICA DE LOS MAESTROS

R. SOUTULLO y L. ANDREU

Copyright, by G. Cantó y R. de Santa Ana, 1909

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
3199.

LA SERENATA DEL PUEBLO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA SERENATA DEL PUEBLO

ZARZUELA DRAMÁTICA

en un acto y tres cuadros

ORIGINAL DE

GONZALO CANTÓ y RAFAEL DE SANTA ANA

música de los maestros

R. SOUTULLO y L. ANDREU

Estrenada en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del 15 de Septiembre de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1909

A D. Joaquín González Díaz

distinguido Ingeniero de la provincia de Pontevedra, sus buenos amigos

Los Autores.

720881

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARIDAD	SRTA. CAÑETE.
INESILLA	POVEDANO.
BRUNA	OJEDA.
DANIEL	SR. BEUT.
EL MARQUÉS	VICO.
EL TÍO MARTÍN	ESPADA.
CANUTO	MIRANDA.
PENCHO	ESCRICH.
EL ADMINISTRADOR	BALLESTER.
OBRERO 1.º	MAYOR.
IDEM 2.º	VICENTI.

Coro general

La acción en una provincia de Levante.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor

Los apartes entre paréntesis.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Jardín frondoso de la casa del Marqués, junto á la fábrica de electricidad. A la izquierda, la casa del Marqués, con gradería. A la derecha, costado de la fábrica de electricidad.

ESCENA PRIMERA

BRUNA, INESILLA y CANUTO, éste es andaluz de lo más cerrado

BRUNA No hagas caso de mi marido.

INES. Pues yo me río mucho con él, porque es un andaluz muy gracioso...

CAN. ¿Ves? Tóos se ríen de mis gorpes, menos tú, que eres más seria que un ajo porro.

BRUNA ¡Cállate! que no dices una palabra á derechas.

CAN. Yo no diré una palabra asina como tú dices; pero que se ande ésta con tanto asín de ojo con el Marqués, porque se le ve que se le alegran las pajarillas cuando la diquela, ¡como que es un satírico!

BRUNA ¿Y eso qué es?

CAN. ¡Que le gustan toas!

BRUNA ¡Que mal pensao eres!

CAN. ¡Sí, mal pensao! Pues como se lo llegue á oler tan siquiera el tío Martín...

INES. No le diga usted nada á mi padre, pues ¡bonito genio tiene!

CAN. No, si yo apenas cruzo el salúo con él.

INES. Vaya, pues hasta luego, que vendré á traerle unas flores á la señorita Caridad.

CAN. Anda con Dios, lucero.

INES. Adiós, Bruna.

BRUNA Adiós, Inesilla. (Vase Inesilla foro derecha.)

ESCENA II

BRUNA y CANUTO

CAN. ¡Pobretica! ¡Con el padre que tiene y con la cara que tiene y con lo que tiene el Marqués, ya tiene que pasar!

BRUNA ¡Qué mal pensado eres!

CAN. Eso me dices también cuando te hablo de que pa la señorita Caridad, no es un saco roto el mecánico.

BRUNA ¡Quita de ahí, bragazas! ¡que no te lo vuelva á oir decir!

CAN. Pues en toa la fábrica de electricidad, los hombres; y en la de bombillas las mujeres, no se habla de otra cosa desde el día que Daniel la salvó cuando se cayó á la presa del salto de agua; y tú, opinarás lo que opines, pero yo opino...

BRUNA ¡Acaba!

CAN. Pues que... Daniel y la señorita Caridad, ó más finamente, la señorita Caridad y el mecánico Daniel, no se despíen una vez que no se miren asina con el rabillo el ojo; conque... ¡ojo!

BRUNA Eso te digo yo, ojo con lo que se dice; que si la cosa llega á oidos del Marqués...

CAN. Que así permita Dios que reviente, y perdona que no te lo haiga dicho antes.

BRUNA ¡Baja la voz!

CAN. ¡Cállate, burguesa! ¡Si al Marqués no lo pué ver aquí nadie, ni el perro! ¡Si es más malo que un lobo!

BRUNA ¡Cállate! ¡Cállate esa manera de pensar! ¡Socialista!

CAN. ¡Y qué quies que sea! ¿Ministro residente?

BRUNA ¡No sé cómo me he casado contigo; si hasta llego á dudarlo!

CAN. Pues algunas pruebas palpables te tengo dadas desde el día del Sacramento.

BRUNA Vete á la... portería que ya sabes el genio que tiene el Marqués, que yo voy á ver á la señorita Caridad por si me necesita para algo.

CAN. Esa sí que es más buena que un ángel. ¡Señor, ¿por qué no habrá salido á ella su tío?

BRUNA Porque su tío nació antes, pedazo de atún.

CAN. (Queda pensativo y dice.) ¡Pué ser!... ¡La señorita Caridad!... ¡eso es una señorita, y no su tío!

BRUNA Es natural, ¡qué bruto eres!

ESCENA III

DICHOS y el MARQUÉS que sale de la casa, luego CARIDAD

MARQ. Siempre lo mismo.

BRUNA (A Canuto.) (¡El Marqués!)

CAN. (Aparte) (El cólera.)

MARQ. La portería abandonada y vosotros mano sobre mano. Pues debéis saber que mi dinero no lo tengo para mantener holgazanes y gandules, conque, ¡largo, cada uno á lo suyo!

BRUNA Yo iba...

MARQ. Pues á lo que ibas.

CAN. Y yo...

MARQ. A lo que fueras.

CAN. (¡Es un ángel este tío!)

CAR (Saliendo de la casa.) Ah, ¿estáis aquí?

MARQ. Donde no debían estar.

CAR. Pero tío, si he sido yo la que los llamé.

CAN. (¡Bendita sea tu boca.)

MARQ. Ah, ¿tú?

CAN. Sí, la señorita...

MARQ. Silencio.

CAR. Sí, yo que les hice venir para darles las gracias por su obsequio de esta mañana,

MARQ. (Mirando su reloj.) ¿No han dado todavía la hora en la fábrica?

BRUNA Aún, no, señor Marqués.

MARQ. Voy á ver... (Vase hacia la fábrica.) Y cuando termine con vosotros la señorita, á vuestros quehaceres, que no me gusta la holgazanería. (Mutis.)

ESCENA IV

DICHOS menos el MARQUÉS

CAN. ¡Ay, gracias á usté, señorita, de buena nos hemos librado!

BRUNA Malhumorado está hoy el señor.

CAR. Su padecimiento de estómago le agria el carácter.

CAN. Pues el estómago es lo que á mí me obliga á soportarlo; que si por el estómago de ésta, el mío y el de los niños no fuera...

BRUNA ¡Canuto!

CAN. Qué Canuto ni qué narices, la verdad es la verdad, y esta es la verdad, señorita.

CAR. Pero hay verdades que no siempre deben decirse y hay defectos que todos estamos obligados á disimular.

BRUNA Tiene razón la señorita, pero hay que perdonarle porque es muy bruto y no sabe disimular nada. (Le da un pellizco.)

CAN. ¡Ay!

BRUNA Lo ve usted, no sabe disimular nada.

CAN. Si me has levantado el pellejo, ¡cuando digo que eres más que Bruna!... (Caridad se ríe. Oyese la campana de la fábrica.)

ESCENA V

DICHOS y CORO de OBREROS y OBRERAS

Música

CAN. }
BRUNA } Al toque primero
que dió la campana,
los trabajadores
salen del taller.

CAR. Contento el obrero,
el ramo de flores
que trae en la mano
me viene á ofrece.

—

CORO (Saliendo, con ramos de flores pequeños.)
Como usté, señorita, es tan buena
que para nosotros es un serafín,
terminada la ruda faena
para saludarla
y felicitarla
nos han permitido cruzar el jardín.

—

CAR. Yo no merezco
tanta atención
que os agradezco
de corazón.

—

CORO Que pase usté el día
de sus cumpleaños,
con gran alegría
y felicidad.
Sin sufrir la pena
de los desengaños.
que usted es muy buena
y es toda bondad.

—

Usted es la alegría
de todos nosotros,

y su compañia
muy grata nos es.
Usted siempre atiende
nuestras peticiones
y usted nos defiende
con desinterés.

CAR. Yo no merezco
tanta atención
que os agradezco
de corazón.

—

BRUNA
CAN. A mí me parece
como á los demás,
que usted se merece
eso y mucho más.

—

CORO Estas tempranas flores,
contentos los obreros,
venimos á ofreceros
de todo corazón.
La ofrenda es muy modesta
y mucho más merece
quien al obrero presta
su apoyo y protección.

—

CAR. De gran estima
son para mí;
yo sabré á todos
corresponder.
Si vuestro amparo
decís que fuí,
más desde ahora
lo voy á ser.

—

CORO Viva mil años
la señorita;
deudos y extraños
la quieren bien.
Por sus ternuras,
por sus bondades
en usté adoran
cuantos la ven.

Hablado

CAR. Id con Dios y no olvidéis que vuestra ofrenda, la ofrenda de los obreros será siempre la mejor y más grata para mí.

UNO ¡Viva la señorita!

TODOS ¡Viva!

UNO (A Canuto que se marcha con ellos.) ¡Qué buena es la señorita!

CAN. Mucho.

OTRO Y Bruna.

CAN. Esa es más.

UNO ¿Más que la señorita?

CAN. No, más que Bruna. (Vanse por el foro.)

CAR. (A Bruna.) Lleva las flores á mis habitaciones. (Vase Bruna.) Diga lo que quiera mi tío, esta pobre gente es toda corazón, honrada y de alma grande... Pero es extraño, ¿cómo no habrá venido con ellos Daniel?

ESCENA VI

CARIDAD y DANIEL que oculta bajo la blusa su mano derecha; en la izquierda traerá un pensamiento. Confuso, y á cien leguas enamorado

DAN. ¡Señorita Caridad!...

CAR. Ah, ¿es usted?

DAN. Sí, señorita, yo que... que. . me he retrasado contra mi voluntad, porque... porque... mi mayor deseo hubiera sido ser el prlmero en venir á felicitarla; pero el hombre propone...

CAR. Sí que me extrañó que todos me trageran ramos y me preguntaba: ¿Cómo no viene Daniel con el suyo?

DAN. Así son las cosas; yo que ambicionaba el traerle el ramo más hermoso formado con las más bellas flores, por sarcasmo de la suerte ó.. de la casualidad, tengo que conformarme con ofrecerle este modestísimo pensamiento.

CAR. ¡Qué hermoso, no lo ví nunca con tan finos matices y le puedo asegurar que es la flor de todas mis predilecciones! (*Quedan los dos contemplando el pensamiento.*) ¿En qué piensa usted?

DAN. Se va usted á reir. Estaba pensando en el misterio, momentáneo al menos, de esta flor.

CAR. ¿Un misterio?

DAN. Y muy grande, porque... ¡fíjese usted! en este instante, este pensamiento... son tres diferentes y... uno sólo; el de usted, el mío y... el de la flor. . (*Se coloca Caridad la flor en el pecho.*)

CAR (*Ríe para disimular el rubor.*) ¡Ja, ja... que simbólico está usted! Pero... veamos qué le ha ocurrido para ser el último en venir á felicitarme. (*En este momento sale y se detiene por el foro, el tío Martín.*)

DAN. Pues... una tontería sin importancia.

CAR. Pero... cuénteme usted.

DAN. Si no merece la pena.

ESCENA VII

DICHOS y el TÍO MARTÍN

MART. No le haga usted caso, señorita. (*Emocionado.*) Si no es por él, á estas horas estaría yo hecho papilla.

CAR. ¿Cómo?

DAN. No, no, no vale la pena, vuelvo á repetir.

MART. Mi vida es la que no vale la pena para como hasta aquí la empleé; pero...

DAN. Calla, Martín.

MART. No quiero; debo decirlo y lo diré para que todos me oigan. ¡Daniel me ha salvado la vida! Ya sabe usted que yo no simpatizaba con Daniel, por... bueno, por lo que fuera; bueno, pues este hombre, que no ignoraba mi antipatía hacia él, me vió esta mañana cogido por el volante al que la blusa se me enredó, y al instante mismo de ir á perecer

triturado entre los músculos de la máquina, Daniel, de un salto, se lanza en mi auxilio, se aferra á un brazo del volante, atenazándolo con mano de hierro, y de pronto estalla un chasquido, párase la máquina y yo caigo ileso; pero mi salvador vió su sangre vertida por salvarme á mí, á su enemigo, que desde este momento es su hermano. Y ahora voy á cumplir con mi deber: quiéralo usted, señorita, quiéralo usted; se lo merece. (Vase por el foro derecha, después de dar otro abrazo á Daniel.)

ESCENA VIII

CARIDAD y DANIEL

CAR. ¿Está usted herido?

DAN. (Mostrando la mano vendada.) No es nada; ya me curaron.

CAR. Pero... ¿sufrirá usted mucho?

DAN. Estoy acostumbrado, pero no crea usted, las heridas del cuerpo no son las que más duelen...

CAR. ¿Tiene usted el alma herida?

DAN. ¿Quién no la tiene?

CAR. ¡Es verdad!

DAN. Y mi temor es que sea incurable.

CAR. ¿Por qué perder la esperanza?

DAN. Porque la tengo puesta en un punto que está en lo alto de un árbol gigantesco.

CAR. Las alturas se escalan.

DAN. Temo al vértigo.

CAR. ¡Daniel!

DAN. Ca... ¡Señorita!

CAR. El tío Martín dijo que usted merece que se le quiera, y ya sabe usted que yo quiero á todos.

DAN. Es que yo, con querer también á todos, la quiero á usted sobre todos y más que á todos (Caridad fija la vista en el suelo.) y... ya ve usted si mentía al decirle que tenía puestas mis esperanzas y mi ambición muy en lo alto. Ahora que ya lo sabe, perdone si mis pala-

bras la ofendieron... y adiós; esa es la herida de mi alma.

CAR. No olvide el cantar que dice:

«El amigo verdadero
ha de ser como la sangre,
que acude siempre á la herida
sin que ninguno la llame.»

(Baja la vista como avergonzándose de lo que ha dicho.)

DAN. ¡Sin que ninguno lo llame! (Reflexivo.) ¿Sería usted capaz de acudir á mi herida?

CAR. ¡Me llamo... Caridad!

DAN. Es usted mi ángel...

CAR. De... la Caridad... y... separémonos, que pueden sorprendernos.

DAN. (Se separan, mirándose; ella entra en la casa y él marcha por el foro derecha.)

ESCENA IX

El MARQUÉS y ADMINISTRADOR, que salen primer término derecha

MARQ. Nada, nada; lo da usted de baja hoy mismo.

ADM. Pero la ley de accidentes del trabajo...

MARQ. No hay ley que valga; esa ley previene y obliga á indemnizar al que se inutiliza por un accidente del trabajo; pero el caso de Daniel ha sido fuera del trabajo, por su afán de farolear y de meterse donde no le llaman, por su imbecilidad de querer salvar la vida á un miserable viejo, vida que vale mucho menos que los desperfectos causados en la maquinaria.

ADM. Sin embargo, la ley...

MARQ. No hay más ley que mi voluntad.

ADM. Se trataba de salvar la vida á un compañero...

MARQ. Tampoco á usted debe importarle eso nada. En este momento da usted de baja al mecánico Daniel, y si á usted no le conviene, con añadir la baja de otro cargo, estamos al cabo de la calle. ¿Me entiende usted?

ADM. Entiendo, sí, entiendo; será dado de baja.

MARQ. Sin perder momento, y adviértalo para que no le dejen pasar á la fábrica; no quiero verlo más; parece mozo de muchas aspiraciones y me temo que alguna de ellas se interpusiera en proyectos de mi conveniencia; no quiero hipócritas en mi casa, y... en resumidas cuentas, no me conviene. (Le vuelve la espalda al Administrador y se dirige á su casa.)

ADM. (Aparte.) ¿Y á quién le convienes tú, víbora? (Vase foro derecha.)

ESCENA X

CANUTO por el foro y luego el TÍO MARTÍN

CAN. (Se oye un timbre.) Ya está el Marqués con el timbre á vueltas. ¿Qué tripa se le habrá roto? porque tiène muy malas tripas. (Vuelve á sonar el timbre.) ¡Voy! No me llamará para darme chocolate, con seguridad, porque ese no da nada bueno.

MART. (Por donde hizo mutis el Administrador y encarándose con la casa en actitud amenazadora.) ¡Maldito sea tu corazón, canalla! ¡Si no fuera por mi hija!... ¡Despedir á Daniel! Y me lo contaba el Administrador con las lágrimas en los ojos... No, pues no será, no te saldrás con la tuya, ladrón. (Medio mutis; al ver salir á Canuto, vuelve y misteriosamente habla con él.) ¡Ah, Canuto!

CAN. ¡Tío Martín!

MART. Ya sabrás...

CAN. (Mirando á todas partes y cómicamente.) ¡Todo!

MART. ¿Y qué te parece?

CAN. Una barbaridad muy grande.

MART. ¿Cuento contigo?

CAN. ¿Para qué?

MART. Si eres hombre, en cuanto terminen los obreros de dar serenata á la señorita Caridad, te espero en el salto de agua para prepararle otra serenata al marqués en unión del pueblo, y... de la que nunca se olvidará. ¿Irás?

CAN. Depende de una cosa: del lado á que esté

mirando mi mujer cuando yo salga por la verja, porque si me atrapa... (Con afectación cómica. Los dos con gran misterio.)

MART. ¡Tu mujer! ¿Pero no estás harto del Marqués?

CAN. ¡Hasta los mismos pelos! Pero... de mi mujer lo estoy hasta...

MART. ¿Hasta dónde?

CAN. Hasta... el salto de agua.

MART. Allí te espero, no faltes. (Vase Martín.)

ESCENA XI

BRUNA, CANUTO y CORO GENERAL. Todos traerán caracolas

Música

CORO
Ya estamos aquí todos
con nuestras caracolas.

BRUNA (Dando un cuerno á su marido.)
El cuerno de mil modos
lo sabes tú tocar

CAN.
Me carga el instrumento
por la forma que tiene;
no hay que perder momento,
ya es hora de empezar.

(Sin que cese la música.)

BRUNA ¿No se enfadará el señor Marqués si le damos murga?

CAN. El señor Marqués está siempre enfadao, y es imposible que se enfade más; y en cuanto á la murga, como tú dices, bastante murga nos da él á toos diariamente.

OBR. 1.º ¿Y qué cantamos?

CAN. La canción á la luna, porque esa la sabemos toos.

OBR. 2.º Pero si la luna aun no ha salido.

CAN. Pues... pa que salga más pronto. (Cantando.)
Si es que estás á solas
con tus pensamientos,
nuestras caracolas
dígnate escuchar.

Son originales
nuestros instrumentos
pues tienen las sales
y el rumor del mar.

—

(Tocan al unísono las caracolas.)
Si es que no es inoportuna
nuestra humilde serenata,
cantaremos una
canción á la luna
que en el fondo del mar se retrata.

—

Blanca nave
que las nubes
cortas rápida al pasar
siempre grave
vas bogando
como góndola en el mar.

—

Tú iluminas
con tu esfera,
tu carrera
sideral.
Tú caminas
por los mares
sin azares
ni rival.

—

No detienen tus pasos las olas
ni los aquilones,
con su raudo vuelo
te hacen zozobrar.
Boga, boga, barquilla ligera,
por esas regiones,
que azul es el cielo
y azul es el mar.

—

Cuando tus rayos
van de la noche

triste y obscura
rasgando el tul,
ves otro cielo
siempre en el fondo
limpio y sereno
del mar azul.

—

Adiós, Diana,
hasta mañana,
que el horizonte,
ya de oro y grana,
toma el color.
Adiós, sirena,
que nuestra pena
á calmar vienes
en la serena
noche de amor.

(Las caracolas las empleará el maestro cuando mejor le parezca hacerlas sonar.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Despacho del Marqués en planta baja que da sobre el jardín, con balcón practicable al foro. Foro derecha, chimenea grande, también practicable. Una caja de caudales en el lateral derecha y á la izquierda puerta de entrada. Muebles ricos y elegantes, propios de un despacho lujoso.

ESCENA PRIMERA

CARIDAD y el MARQUÉS

CAR. Usted dirá lo que quiera, pero en mí sentir creo que esta vez no se conduce como debiera.

MARQ. ¿Qué sabes tú?

CAR. Porque lo sé se lo digo; con su carácter, en vez de simpatías se gana usted rencores, rencores que, sabe Dios hasta donde pueden llegar; todos los obreros con razón sobrada, reprueban que haya usted despedido hoy á Daniel, y no son solos los obreros los que lo han visto con malos ojos, sino que yo, su sobrina, también protesto contra ello.

MARQ. ¿Qué entiendes tú de estas cosas? ¡Parece mentira que la hija de mi difunta hermana la condesa, se pase al otro bando!

CAR. No es que me paso, tío, es que desde que la razón iluminó mi inteligencia, estoy en ese otro bando que usted dice, en el de los débiles, de los que sufren, de los que tan solo reclaman justicia, de los necesarios para todos; porque, ¿qué sería de nosotros, de la humanidad entera, sin los que trabajan? A ellos debemos el pan que comemos, el paño que cubre nuestras carnes, las comodidades y el lujo conque nos regalamos, todo, todo, y... créame usted, tío, son acreedores, por lo menos, cuantos trabajan, al respeto de todos y al cariño y gratitud de los que, como nos-

otros, zánganos de la colmena de la vida, nos lucramos con su trabajo, y de él vivimos.

MARQ. Ideas sociales modernas absurdas.

CAR. Ideas divinas, sabias y eternas. ¡Por lo que más quiera usted en el mundo, por la memoria de su madre, si es que ha sabido su corazón guardar de ella el menor recuerdo, admita usted al mecánico, que vuelva Daniel, porque...

MARQ. ¿Por que?

CAR. Por... nada.

MARQ. Sí, algo ibas á decir.

CAR. Bien, sea. ¡Porque lo quiero con toda mi alma!

MARQ. ¿Tú?...

CAR. Yo, que ya le entregué mi corazón.

MARQ. ¿A un obrero? .. ¡Qué vergüenza!

CAR. A un obrero, ¡qué orgullo!

MARQ. Bien sabe Dios que me lo temía, y no te arrojo ahora mismo de mi casa, porque me das compasión.

CAR. Si en su casa me tiene, quizá sea porque mi dote, que usted administra, dé para mantenerme.

MARQ. ¡Tu dote! Toda la he gastado en tu educación.

CAR. (Con cara de asco.) Me inspira usted (Va á largarle un insulto, pero cambia de idea.) lástima. (Transición.)

MARQ. (Riendo desdeñosamente.) Adiós, loquilla y desecha de tu cabecita á pájaros ese amor, porque á mí no me conviene; ya lo oyes.

CAR Me moriré de pena.

MARQ. (Riendo.) ¡Ja, ja! y... al tío, nada de sentimentalismos, ya sabes que no me conmueven. ¡Ja... ja!... Ya sabré obligarte á que hagas mi voluntad siempre, siempre mi voluntad. (Ríe maliciosamente é intenta hacerle una caricia que ella repele. Vase el Marqués riendo.)

CAR. Es malo, malo... ¡Bien me lo decía Daniel!

ESCENA II

CARIDAD y DANIEL

Música

DAN. (Dentro.)
Es tan grande mi constancia
que no te olvido un momento,
nos separa la distancia
y nos une el pensamiento.

—

CAR. No me cabe duda, es él,
él, que de mí no se olvida,
es mi amor, es mi Daniel
que viene á darme la vida.

—

DAN. (Asomándose á la balustrada del balcón, por la parte de afuera.)
Aquí me tienes,
dulce amor mío,
aunque tu tío
me echó de aquí.
CAR. A darme vienes
paz y consuelo,
que estar anhelo
cerca de tí.

—

DAN. Yo que soy un pobre obrero
tu amor quiero,
dueño amado
conquistar
CAR. Pobre y todo te prefiero
yo te quiero
y á tu lado,
dueño mío, quiero estar.

—

DAN. Te quiero de tal modo
que en tí, bien mío sueño,

amor lo puede todo
y nos hará vencer.

CAR. En ti sólo confío,
serás mi solo dueño,
pues tienes que ser mío
y tuya yo he de ser.

—

DAN. Amo en tí las bondades
de tu alma pura,
amo en tí los consuelos
que me prodigas,
amo en tí la modestia
y la dulzura
y el amor que en el pecho
para mí abrigas.

—

CAR. Amo en tí tus acciones
y pensamientos,
la conducta intachable
que has observado
amo en tí la nobleza
de sentimientos,
amo en tí al hombre digno,
al hombre honrado.

—

CAR. Si aquí mi tío
nos sorprendiera...
DAN. Contra él, bien mío,
te defendiera.
CAR. Son sus rencores
para los dos.
DAN. Nuestros amores
proteje Dios.
LOS DOS Nuestros amores
proteja Dios.
DAN. ¡Adiós, bien mío!
CAR. ¡Bien mío, adiós!

(Vanse Daniel y Caridad.)

ESCENA III

El TÍO MARTÍN

Queda la escena sola un momento; descuélgase por la chimenea el tío Martín y después de mirar á todos lados, apaga la lámpara de luz eléctrica que ilumina el despacho. Saca una linterna sorda que lleva oculta y se dirige á la caja

Hablado

(Mientras la música tocará un parlante.)

La primera era una *de...* ¿será Daniel?... (Nerviosamente mueve los botones de las letras; saca un papel que lleva en el pecho y de él una llavecita y al ir á introducirla en la cerradura, la retira nerviosamente, cierra la luz de la linterna y dirígese cautelosamente junto á la puerta en la que escucha.) No, no viene. (Vuelve á la caja y con auxilio de su linterna, la abre, revuelve ansiosamente y saca un sobre grande que oculta en el pecho; después de reprimir un grito de júbilo, cierra y guarda la llave.) Ya os tengo. ¡¡Dos veces os he robado!!... La primera, por deshonra mía, esta vez... para salvar mi honor y cumplir con mi deber. (Vase por el balcón.)

ESCENA IV

INESILLA y el MARQUÉS que dará luz al entrar

MARQ. Pues sí; mi sobrina tuvo que echarse por un fuerte ataque de jaqueca; agradecerá tus flores y sentirá no verte.

INES. Lo siento tanto y... si acaso... mañana la veré. (Medio mutis, el Marqués la detiene.)

MARQ. ¡Qué prisa! Descansa.

INES. No, muchas gracias, señor Marqués; no estoy cansada.

MARQ. (Le coge de la mano y cariñosamente hace que se siente.)

Vamos, no seas despegada; cuando se tienen tus ojos, tu cuerpo y tus hechuras hay que ser algo complaciente.

INES. No lo entiendo á usted, señor Marqués, (Bajando los ojos.) y... con su permiso... (Intenta levantarse y él la sujeta.)

MARQ. No seas tan sequilla conmigo, que ya sabes que soy vuestro protector. ¿No te lo ha dicho así tu padre? ¡Pues poco que quiero yo al tío Martín!

INES. Mi padre también lo quiere á usted mucho.

MARQ. No hablemos de eso, hablemos de ti, que cada día vas ganando en gracia y en hermosura.

INES. Señor... (El juego anterior.)

MARQ. Pues yo, el señor, el Marqués, el amo, daría mi vida por... porque fueran míos esos encantos; porque mis venas se caldean con el hervor de mi sangre, cuando tus ojos se encuentran con los míos (Se le cae á ella el ramo de flores, que recoge el Marqués y deshoja maquinalmente.) ¿No contestas?

INES. Señor .. si no comprendo...

MARQ. ¿Qué sientes hacia mí?

INES. Respeto.

MARQ. Y al estrechar tu mano entre las mías, ¿no sientes algo más?

INES. Sí... ¡miedo!

MARQ. ¿De qué, si estamos solos?

INES. Pues... de eso, de estar solos.

MARQ. No seas esquiva.

INES. Déjeme, señor.

MARQ. Vamos, sé complaciente, yo te colmaré de riquezas.

(Aparece en la puerta el tío Martín, levanta la cortina, reprime un grito y se detiene observando.)

INES. Señor... déjeme marchar, no entiendo... ni quiero entender de lo que me habla...

(Se desprende de sus brazos y va hacia la puerta en la que oculto entre la cortina está el tío Martín.)

MART. (¡Miserable!)

MARQ. No te irás sin que en mis brazos te estreche.

(Al ir á abrazarla se interpone el tío Martín entre los

dos y recibe el abrazo del Marqués, que queda horrorizado.)

MART. ¡Apriete usted, señor Marqués, apriete usted!...

MARQ. ¡Martín!

MART. No le entiende, mi hija no le entiende á usted. ¡Es tan ignorante... como inocente! Anda, hija, vete; yo te disculparé con la señorita y me haré cargo de lo que desea el señor Marqués.

(Inesilla márchase avergonzada y con los ojos bajos; el Marqués queda como anonadado; Martín mirándole sarcásticamente.)

ESCENA V

MARQUÉS y MARTÍN

MART. ¡Muy bien, señor marqués, muy bien! No solo es usted ladrón de dinero, sino que desea serlo también de honras, y para esto son pocos todos sus caudales, y ya que quiere presumir de cazador, busque al lobo, pero no á la cordera.

MARQ. ¡Martín!... (Amenazador.)

MART. ¡Marqués!... (Idem.)

MARQ. (Dominándose) No comprendo á qué viene esta escena.

MART. (En tono sarcástico.) Vaya, le pasa lo que á mi hija, que no le comprendía, pero ella no le comprendía á usted porque tiene pudor y vergüenza; y como usted carece de lo uno y de lo otro...

MARQ. ¡Martín!

MART. (Marcándolo mucho.) Carece de lo uno y de lo otro, me asombra que no quiera comprender al tío Martín.

MARQ. Ese tono...

MART. Si esto no es nada para lo que va á ser... ¡Ese tono! ¡Ja, ja!... Alguna vez me habría de dar yo tono, y no puede usted figurarse cuánto alegra á un pobre miserable como

yo poder decirle cara á cara á todo un Marqués, con la justicia y la razón que en este momento me rebosan del alma: ¡Señor Marqués, es usted un ladrón y un canalla!

MARQ. ¡Martín!

MART. Sí, canalla, canalla, no encuentro otra palabra que mejor le cuadre. Es usted un miserable que ha pretendido robarme lo que más quiero en el mundo, lo único por lo que me dejaría matar, la honra de mi hija, que tiene más de honrada y de buena, que usted de bandido; ¡ya ve usted si será buena!

MARQ. ¿Yo bandido?

MART. Sí, usted; que le robó la fortuna á ese pobre muchacho, á Daniel, y encima le despide usted de la fábrica, para dejarle sin pan, y no contento con eso, me azuzó usted á mí para quitarlo de en medio; á mí, á mí, que si ahora puedo escupirle á la cara todos sus crímenes es porque él, Daniel, me ha salvado la vida.

MARQ. (En mal hora lo hizo.) ¿A dónde vas á parar?

MART. Tenga usted paciencia que estoy en el exordio, como dice el señor Cura los domingos.

MARQ. Nada puedo temer de ti. Fuiste mi cómplice; tú robaste de la caja de mi hermano su testamento ológrafo por el que reconocía como su hijo á Daniel instituyéndolo su único heredero; igual responsabilidad te alcanza.

MART. ¿Y qué? ¿O es que usted se figura que á mí me asustan las responsabilidades? ¿Quién se quedó con todo? ¿Quién arrapiñó toda la fortuna? ¡Usted y solo usted!

MARQ. También te recompensé.

MART. Buen puñado son tres moscas.

MARQ. Si quieres más, dilo, pero no...

MART. ¡Vaya si quiero más!... Quiero... su fortuna para su dueño, y su vida, que maldito lo que vale, para mí.

MARQ. ¿Mi vida?... Trabajo ha de costarte; con mi fortuna no puedes; te faltan pruebas para apoderarte de ella.

MART. Es que yo denunciaré que hay un testamento ológrafo de su hermano..

MARQ. No existe tal testamento, lo quemé hace muchos años.

MART. (Pronto te arrepentirás de no haber hecho lo que dices.)

MARQ. Y aunque así fuera, aunque existiera, puedo probar que fuiste tú quien lo robó.

MART. Por orden de usted.

MARQ. ¡Miserable! (Va arrojarse sobre él al tiempo que aparecen Canuto y Bruna.)

ESCENA VI

DICHOS, BRUNA y CANUTO

BRUNA ¡Señor, señor!

MARQ. ¿Qué ocurre?

BRUNA Que los obreros...

CAN. (Quitándole la palabra.) Se niegan á entrar en la fábrica.

MART. ¡Ah! (Suspirando con satisfacción.)

BRUNA Como Daniel...

CAN. Ha sido despedido...

BRUNA Han hecho todos causa común.

CAN. Y se les ha agriado el carácter; vamos, que han enfermado del estómago y se han declarado en huelga diciendo que ni á tiros entran en el trabajo.

MART. Y no entrarán, porque yo estaré con ellos.

BRUNA
CAN. } ¿Tú?

MARQ. No hacerle caso. ¿Qué más?

CAN. Pues... como se le agrió el carácter... han cortado el cable junto al salto de agua.

BRUNA Privando de luz al pueblo, que ha hecho causa común con ellos y amenazan con venir á arrasar la fábrica.

MART. Corro á ponerme al frente de ellos. ¡Nos veremos, señor Marqués!

MARQ. En el salto de agua te esperaré para saldar cuentas.

MART. ¡Allí me tendrá!

CAN. (¿Si padecerá del estómago también el tío Martín?)

MARQ. (A Bruna.) Entretén á mi sobrina para que no se entere de nada. (Vase Bruna. A Canuto.) Y tú, vigila la portería para que no pase ni un mosquito. ¡Pronto!

CAN. Voy, voy... (Voy notando que se me va á agriar el carácter á mí también.) (Vase.)

ESCENA VII

MARQUÉS y luego DANIEL

MARQ. No me fío ni de mi sombra. (Saca un revólver del cajón de la mesa y se lo guarda.) Voy yo mismo... ¡Pero... no; lo primero es lo primero, y lo primero para mí en este momento es hacer desaparecer esos papeles. (Va hacia la caja y la observa un momento.) ¡Es raro! Están las letras colocadas. (Mirando más.) Sí, Da... ni... el... (Deletreando. Abre nerviosamente la caja y lanza una gran exclamación.) ¡¡Ah!! ¡¡Me me los han robado, me los han robado!! ¡¡El cielo se desploma sobre mí, al par que la tierra se me hunde!!...

DAN. (Que habrá entrado y habrá oído la exclamación.) ¡Señor Marqués!

MARQ. ¡¡¡Tú!!! (Aterrado.) ¿Tú en mi casa?

DAN. (Con dignidad, aplomo y sangre fría.) Yo mismo, que vengo á proponerle la paz, más que por usted, de quien sólo desprecios y humillaciones recibí, por un ángel á cuya tranquilidad y sosiego he de consagrar siempre todos mis esfuerzos.

MARQ. Vete de aquí, miserable, canalla...

DAN. Le ruego que se reporte, porque soy joven y los nervios pueden excitárseme con gran facilidad. Vengo á proponerle la paz, y por segunda vez se lo digo. Dentro de un momento la fábrica puede ser un montón de ruinas; sólo puede atajar la catástrofe mi reposición en ella.

MARQ. ¿Tú en mi casa? ¡Nunca!.

DAN. Señor Marqués... que el rayo está á punto de descargar, y con mi reposición se evitarán muchas desgracias; yo no quiero, ni deseo su dinero, sólo pretendo que se figuren mis compañeros que usted me admite de nuevo en la fábrica; la efervescencia se calmará; el desperfecto que han hecho yo lo repararé, y al terminar la jornada de mañana, no me faltará un pretexto para despedirme.

MARQ. ¿Y con qué idea hipócrita pretendes brindarme esa gracia?

DAN. No tengo por qué ocultarlo: Primero, que todo por amor á su sobrina y por su tranquilidad y porque no es bien nacido quien no es agradecido; yo comí muchos años el pan de su casa y...

MARQ. ¿Tú bien nacido, canalla? ¡Si eres hijo de mala madre!

DAN. ¡Ni á mi padre, ni al que bajara del cielo le consentiré tamaño insulto!

(Daniel se lanza sobre el Marqués, éste saca el revólver, Daniel forcejea con el Marqués hasta arrebatarle el arma, al tiempo que aparece Caridad.)

ESCENA VIII

DICHOS y CARIDAD

CAR. ¡Daniel! (Se interpone entre los dos.)

DAN. (Arrojando el revólver.) ¡Tú le salvas, pero ven, ven conmigo, que el aliento de esa fiera emponzoñaría tu alma! ¡Huye de él! Vine á proponerle la paz con mi sacrificio y ¿sabes cómo me lo pagó? Ofendiéndome en lo más sagrado para todo hombre, insultando á mi madre, con frase de tal jaez, que sólo al recordarla, mi corazón aviva sus latidos de fuego, mi cerebro parece que estalla, mis nervios y músculos se contraen, y sangran mis labios sin atreverse á repetir la injura. (Mor-

diéndose los labios.) ¡Elige entre los dos! Mis brazos son la vida, los suyos, asquerosos brazuelos de hiena, la muerte. ¡Elige!

MARQ. ¡Caridad!

CAR. (Va hacia Daniel.) ¡La vida!

DAN. ¡En mis brazos! (Se abrazan.)

MARQ. (Va á interponerse.) ¡No, mientras yo aliente! (Daniel le da un empellón haciéndole rodar por el suelo.)

DAN. ¡Atrás, usted mancha! (Llévase en brazos á Caridad mientras el Marqués se revuelca en el suelo.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

En el salto de agua. Al fondo, el salto, precipitándose las aguas iluminadas por los rayos de la luna. A la derecha, edificio de la fábrica. De lo alto de la fábrica sale un cable, que aparece cortado. De un poste, pende el otro trozo del cable cortado. Entre la fábrica y el salto de agua está la presa del mismo.

ESCENA PRIMERA

CORO GENERAL; luego BRUNA y CANUTO

Música

CORO — Aunque es de noche, por esos campos
venimos todos
al salto de agua,
porque queremos armar hoy baile
ya que en silencio
reina la fábrica.

HOMBRES — A bailar todos,
á bailar pues,
para que al vernos
rabie el Marqués.

—

SEÑORAS — Puede que crea
que estás borracho.

HOMBRES — Para que vea
que no lo estoy,
baila, morena.

SEÑORAS — Bailad, muchachos.

CORO — Que no haya pena
ninguna hoy.

—

HOMBRES — Anda y ponte de mí enfrente.

SEÑORAS — ¡Tente!

Si no quieres que te riña.

HOMBRES ¡Niña!

SEÑORAS ¡Cómo no estés quietecito,
grito!

HOMBRES ¡Yo impediré con un beso
eso!
¡Mira que te cazo!

SEÑORAS ¡No faltaba más!

HOMBRES Pues sin un abrazo
no te quedarás.

(Juegan huyendo de ellos, hasta que todas quedan abrazadas.)

—

SEÑORAS Aquí viene Canuto
con Bruna.

HOMBRES Pues vienen á hora
oportuna.

CORO ¡Bruna! ¡Canuto!

BRUNA / CAN. ¿Qué nos queréis?

CORO Que en nuestra fiesta
parte toméis.
¡Canta, Canuto,
canta por Dios!

BRUNA No seais brutos,
y vámonos.

CORO Todos queremos
que cante usté,
venga una copla
de olá y olé.

—

CAN. Pues haced corro
que empiezo ya.
Ahí va una copla
de olé y olá.

—

CORO Ya te escuchamos,
empieza ya,
venga esa copla
de olé y olá.

Couplets

CAN. Con el poco dinero que gano
yo fumo y yo como,
el tabaco es veneno, y la carne
no es carne de lomo.
Y como es del obrero
tan corto el jornal,
no es posible andar con ese sueldo
y de ole y olá.

—

CORO ¡Qué oportuno está!
¡Qué gracioso es!
ya estás tú buen trucha,
ya estás tú buen pez.

—

CAN. Aniceto se casó con Pura
porque era un hechizo,
y hasta el nombre dicen que la moza
llevaba postizo.
Además de los dientes
y del pelucón,
aun llevaba otras cosas que omito
decir cuáles son.

—

CORO Qué oportuno está, etc.

Hablado

BRUNA ¡Ea! Basta ya de canciones, que el día no es el más á propósito para fiestas.

CAN. Ni la noche ni el día, porque siempre tiene ésta cara de ácido sulfúrico y un genio de dos mil quinientos metros de película.

BRUNA ¡Bah! Eres un tarambana que no sirves más que para hacer tonterías.

CAN. Todos podrán decir eso menos tú, á la que hice madre con arreglo á todas las cosas de la Iglesia y... ¡me parece que una madre no es una tontería! (Todos ríen.)

BRUNA ¡Y no pararás de decir simplezas!

CAN. ¿Y qué culpa tengo yo de tener un natural alegre como unas castañuelas, que no me lo entristece ni el estar viendo á todas horas al malas puñalás le den del Marqués? Si quiero cantar, canto, y si quiero bailar, bailo, pues pa algo nací en Chiclana.

BRUNA Ya te haré yo bailar de coronilla. ¡Arrea pa casa!

CAN. ¡Poco á poco, que yo ya no soy el mismo! Que á mí no se me levanta el gallo!

BRUNA Ni el gallo ni nada. ¡Arrea, so gandul! (Empujándole.)

CAN. ¿No véis? No es cosa de armar un escándalo aquí; pero si me dejara llevar de mi genio...

BRUNA ¡Anda, arrastrao, si no quieres que te lleve de las orejas! (Dándole un fuerte tirón.)

CAN. ¿Véis cómo tengo razón cuando digo que es más que Bruna? (Todos ríen.)

BRUNA ¿Qué soy yo?

CAN. ¡Hombruna! (Corre de su mujer que lo persigue, tropezando con Pencho que entra por la izquierda.)

ESCENA II

DICHOS y PENCHO

PEN. ¡Por poco me estrujas! ¡Dejarse de juegos, que hay un jollín! ¡Qué jollín!

OBR. 1.º ¿Qué pasa?

PEN. ¡Casi nada! ¡Buena se ha armado! ¡Buena! ¡Buena!

BRUNA ¿En donde?

PEN. ¿En dónde? Allá abajo.

CAN. ¿En qué sitio?

PEN. En todo lo hondo.

BRUNA ¿Quieres romper de una vez?

PEN. Ya romperán todo los que vienen, que pasan de seiscientos.

BRUNA ¿Los vecinos del pueblo?

PEN. ¡No, que van á ser los del cielo! Si ya lo he dicho en todos los tonos.

BRUNA ¡Ay, hijo, eres el único para una cosa pronta! ¿Y vienen solos?

PEN. Con nuestros compañeros, y al frente de todos el tío Martín.

BRUNA / CAN. ¿El tío Martín?

PEN. ¡El mismo! ¡Y que se viene de vacío! No trae más que una pistola de siete muelles y una navaja de repetición, automática.

BRUNA ¡Qué barbaridad!

PEN. Pues nada; dicen que no van á dejar ni una tabla, ni una rueda, ni un dinamo, y que de la cabeza del Marqués van á hacer un mosaico y de las tripas colgaduras.

CAN. ¡Malas tripas traen!

PEN. Conque vamos á su encuentro para unirnos á ellos, que de esta hecha no le va á quedar memoria al Marqués.

CAN. ¡Me alegro!

BRUNA Cállate, tú.

CAN. (Aparte á Bruna.) Mira que te denuncio al comité de la huelga como oposicionista.

TODOS ¡Vamos!

CAN. ¡Vamos todos!

BRUNA Todos, menos tú y yo.

CAN. ¿Lo véis? Tendré que quedarme por no regañar.

PEN. ¡En marcha!

OBR. 1.º ¡Corriendo!

PEN. Vamos con calma, que en estos trances hay que andarse con piés de plomo. (Vanse Pencho y Coro general armando mucha bulla.)

ESCENA III

BRUNA, CANUTO y MARQUÉS

MARQ. (Saliendo por la derecha.) ¿Dónde vais?

BRUNA / CAN. (¡El Marqués!)

BRUNA Ya sabrá usted...

MARQ. ¡Lo he oído todo!

CAN. ¡Entonces...!

MARQ. No tienes que acercarte tanto para hablar.

CAN. Iba á decirle...
MARQ. ¡Esas manos fuera del bolsillo!
CAN. (¡La primera vez que he inspirao miedo á alguien!)
MARQ. (No me fío ni de mi sombra.)
BRUNA ¡Huya usted, señor, que quieren venir todos á...!
CAN. A arrastrarlo á usted. ¡No es cosa!
MARQ. Déjalos que vengan; ahora, seguidme á la fábrica.
CAN. ¡Que está muy oscura!
MARQ. Ya la iluminaré con los resplandores de mis disparos. ¡Seguidme! No ¡Pasad delante! (Entran en la fábrica Bruna y Canuto y al ir á hacerlo el Marqués es llamado por Daniel que aparece por la izquierda.)

ESCENA IV

MARQUES, DANIEL, luego CARIDAD

DAN. (Por la izquierda.) Un momento, señor Marqués.
MARQ. ¡Tú! ¡Otra vez tú! ¡Ladrón! ¡Miserable! Pero estamos solos y no saldrás con vida.
DAN. No le temo.
MARQ. ¿No? Pues defiéndete.
DAN. (Cruzándose de brazos.) Ya lo estoy.
MARQ. Pero no, habla, ¡habla!; me has robado el honor, mi dinero y el único afecto de mi vida: ¡mi sobrina!
DAN. No soy tan infame, sé respetar el honor ajeno como obligar á que sea respetado el mío!
MARQ. ¡Mientes! Has hecho á mi sobrina tu querida.
DAN. Si repite usted esa palabra, lo ahogo.
CAR. (Saliendo de la fábrica) ¡Daniel!
MARQ. ¿Cómo?
DAN. ¿Tú aquí?
CAR. Vine á la fábrica con tu madre por la puerta de la carretera para rogar á mi tío por la paz de todos.
MARQ. ¿Pero no vives con él?

CAR. Desde que me dejó en casa de su madre no ha vuelto á poner allí los pies.

MARQ. ¡Mientes! ¡Mentís!

DAN. Oigame usted: sé de quién soy hijo y á quién pertenece cuanto usted ha disfrutado hasta aquí; su hermano y padre mío enmendó su falta por este testamento (Mostrándole el sobre que antes cogiera Martín.) que, aunque tarde, ha llegado á mí, de manos del tío Martín.

MARQ. (¡Estoy perdido!)

DAN. En él se me nombra su único heredero.

CAR. (¿Eh?)

MARQ. ¡Me lo habéis robado!

DAN. Aún no acabé. Pero como para mí no quiero más fortuna, que ya es mucha, que el amor de Caridad, ahí tiene usted mi dinero, se lo regalo. (Rompe en pedazos el papel que arroja á los pies del Marqués. Este respira con satisfacción.)

CAR. ¿Qué has hecho? Tú no puedes renunciar á lo que en ley te pertenece.

DAN. Para mí no necesito más dinero que el que pueda ganar con mi sudor y mi trabajo, que es el más honrado y el que más nos alegra el corazón y el alma; para ti, cuando tenga la dicha de poseerte, cuando seas mi mujer, yo sabré centuplicar mi trabajo, para con su mayor producto hacerte alegre la vida.

CAR. ¡Daniel! (Al Marqués.) ¿Ve usted qué bueno es?

MARQ. ¡Hipocresía! ¡falsedad!

DAN. ¡Déjalo, le ciega la maldad y la soberbia!

ESCENA V

DICHOS y BRUNA

BRUNA (Saliendo de la fábrica.) ¡Señor, señor! Por el otro lado de la fábrica se acercan los obreros y gente del pueblo capitaneados por Martín. ¡Sálvese usted!

(Dentro se oyen voces de: «¡Muera! ¡Muera el Marqués! ¡Abajo la fábrica!»)

CAR. ¡Sí, tío, huya usted!

MARQ. ¡Y me matarán!

CAR. ¡Daniel! ¡Daniel!

DAN. ¡Yo lo salvaré!

ESCENA ULTIMA

DICHOS más TODOS. De la fábrica sale CANUTO. Por la derecha entran tumultuariamente en escena, los obreros y pueblo. Algunos traerán teas encendidas

MART. ¡Muera el Marqués!

TODOS ¡Muera!

(Van á lanzarse sobre él, pero Daniel se interpone.)

DAN. ¡Quietos! ¡Que fuera cobardía arremeter todos contra un hombre solo!

MART. ¿Y tú lo defiendes? ¿al ladrón de tu fortuna y tu nombre? ¿al verdugo del pueblo? ¿al que quiso robarme el honor de mi hija?

TODOS ¡Muera! ¡Muera!

CAR. ¡Por Dios, Daniel!

MART. Sabed todos que este hombre ha tenido secuestrada la fortuna de Daniel, que es el único dueño de todo cuanto hay aquí.

TODOS ¡Arrastrarlo! ¡Muera!

CAR. ¡Daniel!

DAN. ¡No es así, no!

MART. Yo mismo le entregué las pruebas.

CAR. ¡Por la Virgen, sálvalo!

DAN. ¡Compañeros! Esas pruebas eran falsas y las rompí. El Marqués de nada me tenía desposeído.

CAR. ¡Gracias!

MART. No hacedle caso, que es más que un santo. ¡El testamento original aquí está! (Mostrando el verdadero sobre.) Me figuré todo su desprendimiento. ¡Muera el ladrón!

TODOS ¡Muera! (Van sobre él, que retrocede hasta el foro.)

DAN. ¡Está perdido!

CAR. ¡Jesús!

MARQ. ¡Os venderé cara mi vida! (Retrocede disparando su revólver, hasta que cae de espaldas en la presa.)

TODOS ¡¡¡Ay!!!

MART. (Asomándose.) ¡Se estrelló!

DAN. ¡Castigo del cielo! (Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

COUPLETS PARA REPETIR

Es don Casto un vejete muy rico
que cuenta unos miles
y anda siempre mirando á las mozas
por esos Madriles;
y al ver hoy á una joven
le dijo al pasar:
Aunque viejo, yo haría contigo
una barbaridad.

—

A una chica bastante bonita
le doy yo lecciones
de la tabla de los logaritmos
y las ecuaciones;
sumar por la mañana,
de tarde, restar,
y de noche, después de la media,
la de multiplicar.

—

Cuando ceno con Pura yo tomo
licores muy buenos,
y de aquellos que tienen más fama
chartress yo prefiero;
pero un doctor amigo
me dijo anteayer:
que después de cenar con señoras
no conviene chartress.

—

Una ardiente y bonita muchacha
se ha dado al tabaco,
afición que la tiene borracha
lo mismo que Baco;

compró una pipa turca
y tanto abusó
que hoy está sin tabaco y sin pipa
según me confesó.

—

De soltera yo sé de una chica
que era muy delgada,
y ha dejado de serlo y se explica
después de casada;
este cambio es debido
según mi opinión,
á que engorda si tiene un marido
por la satisfacción.

—

Al casarse temblaba Enriqueta
como una azogada,
y el padrino la dijo:—No tiembles,
porque eso no es nada,—
y le dijo al oído
la novia al pasar:
—Si le extraña póngase un momento
usted en mi lugar.

—

No te fíes jamás de los moros
adictos á España,
porque el moro es traidor y al cristiano
le da la castaña;
y los moros que suelen
comer alcuzcuz
al soldado le buscan las vueltas
por todo el Gurugú.

—

Ayer tarde, con su buena esposa,
salió don Tadeo,
y del Prado al Retiro con ella
se fué de paseo;
pero al verla su primo,
que es un zascandil,
se unió á ella, y el pobre marido
fué llevando el fusil.

—

Relaciones mantiene Consuelo,
con un pobre chico,
al cual deja, según se murmura,
por otro más rico;
y como es tan coqueta,
es fácil también
que al gastarle los cuartos, se vaya...
ella sabrá con quien.

—

Por querer contraer matrimonio
me han dicho que Irene
relaciones con Roque y Antonio,
con Pedro y Juan, tiene;
y al hablarles de boda,
que es solo su afán,
se ha quedado sin Pedro y sin Roque,
sin Antonio y sin Juan.

—

Mil pesetas escasas de sueldo,
tiene Juan Racimo,
y su esposa tiene coche y trajes
y además un primo;
si es mezquino y escaso
el sueldo de Juan,
los sombreros, los trajes y joyas
¿de dónde saldrán?

OBRAS DE GONZALO CANTÓ

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Las campanadas.
Los mostenses.
Un no y un sí.
Sobresaltos y saltos.
El rompeolas.
De pillo á pillo.
De la corte al cortijo.
El cocinero de S. M.
El asistente del Coronel.
La real mentira.
El maño.
El celoso extremeño.
Marcia, ópera en tres actos.
La siega.
Aquí todos somos buenos.
Los sombreros.
La serenata del pueblo.

OBRAS DE RAFAEL DE SANTA ANA

Las láminas de Valdechorizos, juguete cómico en un acto.
Un grupo y varias reproducciones, juguete cómico en un acto.
La victoria del general, juguete cómico en un acto. (Sexta edición.)
La Jota, juguete cómico en un acto.
La juerga acabada en bronca, y el generoso extremeño, sainete en un acto,
Los Ximénez de Quirós, juguete cómico en tres actos.
La gracia andaluza, juguete cómico en un acto.
Manolo el afilador, zarzuela en un acto.
Lista de autores, juguete cómico en un acto.
Villa-Alegre, zarzuela en un acto.
Los ojos negros, zarzuela en un acto.
Crimen por amor, juguete cómico en un acto.
Las hermanas Palmeras, entremés lírico.
El Electricista, entremés.
El lagar, zarzuela en un acto.
La cabeza del ministro, juguete cómico.
El secreto de Luisa, juguete cómico en un acto.
Botones de fuego, comedia en un acto.
El robo de la perla negra, zarzuela en un acto.
Matrimonio solidario, juguete cómico en un acto.
La jumera, comedia en un acto.
Los sombreros, juguete cómico en un acto.
Un beneficio, paso de sainete.
La serenata del pueblo, zarzuela dramática en un acto.

Precio: UNA peseta